

*Debates por una historia viva*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1990.

*Debates por una historia viva* es el resultado del Encuentro por una historia viva que tuvo lugar en la Universidad de Deusto en abril de 1990 y que nos permite acceder a las intervenciones de las conferencias y otras aportaciones.

El tema que agrupa a los autores es la actual crisis de la historia. La perspectiva de un mundo en cambio y el lugar que dentro de ella le corresponde a la historia fue el motor de estas jornadas que, más que de exposición de problemas quisieron ser una reflexión conjunta sobre el porvenir tanto de la ciencia histórica como de la figura del historiador.

La palabra crisis es una de las claves de bóveda del encuentro y despertó un espectro de problemas de amplio y vasto alcance. Según Valdeón Baroque ("La historia se defiende"), la crisis muestra "la contradicción que existe a propósito de la historia, a la que tantas veces se acude reverencialmente pero que a la hora de la verdad está relegada a los más bajos escalones del templo del saber, y no digamos nada si nuestra perspectiva se dirige a las posibilidades profesionales de los expertos de la disciplina".

Para otros, entre los que se cuenta Lázaro Domínguez ("En torno a la historia viva"), la crisis va más allá de "estrangulamientos presupuestarios... en los últimos años la cultura occidental ha adquirido una nueva orientación más pragmática y materialista, menos interesada en la preservación de lo tradicional. Al hombre moderno parece fascinarle el futuro próximo".

Desde otra perspectiva que amplía y complementa la anterior, San Salvador del Valle ("Historia como dignitate") inscribe la crisis de la historia en la crisis de las humanidades, porque "no hay cabida para el historiador del presente desde valores industriales. El acelerado cambio que se produce en nuestra sociedad industrial, implica un cambio con respecto a la cultura y el valor del hombre".

La sociedad en la que vivimos, dominada por la actualidad de los sucesos tal y como son impuestos por los modernos medios de comunicación, tiene ante sí el reto de adaptarse so pena de perecer definitivamente. Jose Manuel Gonzalez Vega ("El 'mea culpa' del historiador") une su voz

a la de otros ponentes que reclaman "una decidida intervención para evitar que las sucesivas reformas del sistema educativo conduzcan a la práctica subordinación, cuando no mera desaparición, de estas disciplinas (las humanidades) en aras de supuestas necesidades pedagógicas o de un "progresismo" idealizado en torno a las ciencias físicas." Al mismo tiempo se hace necesaria la adecuación de los programas académicos universitarios vigentes que se empeñan "en hacer de lo caduco objeto de primordial dedicación".

Es opinión común entre los expositores que las humanidades sufren las consecuencias de una falta de voluntad política y social, estando relegadas a ser elementos decorativos. La superficialidad es la tónica dominante y la historia no es una excepción. Santos Juliá ("El historiador escéptico") entiende que en la actual década la historia se enfrenta a "una nueva crisis de amplio alcance que podía definirse como imposibilidad de reconstruir visiones del pasado como totalidades dotadas de sentido y abandono, quizás definitivo, de la que ha constituido el paradigma histórico de la ilustración y del concepto central sobre el que ese paradigma se había edificado: la concepción de la sociedad como una totalidad cambiante en el tiempo por procesos de transición guiados por alguna ley de progreso casi natural".

No faltan voces que responsabilicen a los historiadores de la situación por la que atraviesa el ejercicio de la profesión. Alfonso Botti ("El riesgo de una historia optimista") considera que los historiadores han orientado "sus estudios hacia objetos raros, inútiles, ajenos a los problemas de la sociedad contemporánea; han desertado de la batalla en favor de sociólogos, economistas y politólogos, se han dejado convencer por el canto de sirena de *Les Annales*".

Las polémicas teóricas o metodológicas, o el excesivo "metodologismo" son, al mismo tiempo, un síntoma de la pérdida del norte por parte de los historiadores. Los acontecimientos fuertemente vividos del año 1989, en especial la caída del muro de Berlín, han puesto en evidencia la escasa influencia que los historiadores tienen sobre la sociedad y sobre quienes dirigen sus destinos. González Vega ahonda el tema y reconoce que muchas veces los historiadores se han dejado arrastrar por las necesidades de la renovación socio-política. Esta inclinación ha empañado muchas veces la búsqueda de la verdad y ha abierto paso a "tristes ambigüedades y cobardes silencios".

Gran parte de los participantes hacen referencia a la tesis del libro de Fukuyama de que la historia llega a su fin. Quizás sea ésta una de las causas, entre otras, del despertar y de la reacción que ha generado en ellos el planteo de la ciencia histórica. Lo que terminaba, estima G. Vega, era la historia como realidad según el concepto dialéctico hegeliano del enfrentamiento y revolución/cambio hacia el perfeccionamiento ininterrumpido de la sociedad. En realidad para el historiador, la amplia difusión mundial de dicho artículo no ha hecho sino poner el dedo en la llaga del papel que corresponde a la historia como conocimiento de la sociedad actual.

Algunos de los ponentes se adelantan a proponer vías de solución o de conducción de la crisis. Anabella Barroso ("Historia de hoy: balance de los ochenta y pulso universitario") trabajó sobre la hipótesis de hasta qué punto los historiadores son conscientes de la situación, considera que "urge hacer una síntesis de la situación en que nos encontramos... urge una búsqueda sistemática de causas, profundizar en el análisis de la sociedad actual que nos permita relacionar su crisis de valores con la de las Humanidades en general y la de la Historia en particular."

En lo relativo a la función social del Historiador, Santos Julia y Anabella Barroso coinciden en que el historiador ha descuidado su relación con el público aunque afirman razones diversas. El primero entiende que si los historiadores pretenden que la historia sea parte de la cultura de una sociedad, "se impone desechar la nostalgia del imperialismo de la historia como reina de las ciencias humanas y el miedo a la violación por otras ciencias sociales. El futuro de la historia radicará... en su facilidad académica para establecer el diálogo con otras ciencias".

Por su parte A. Barroso afirma que los trabajos históricos no deben ser hechos por aficionados, arribistas o simples plagiarios. De lo contrario los historiadores se ganan día a día la crisis de imagen de su oficio, la falta de puestos de trabajo y la general desilusión que les embarga.

*Debates por una historia viva* nos plantea una serie de interrogantes, nos impulsa a la reflexión, pone al rojo vivo lo que muchas veces se ha comentado en reuniones académicas: la crisis de las Humanidades, las facultades que se van despoblando de alumnos, la mala enseñanza de la historia.

Quizás estos interrogantes nos conduzcan a una reflexión con hondura y en comunión de intereses. Es muy difícil que sólo algunos tengan la respuesta, del interés y del aporte mancomunado de todos comenzarán a vislumbrarse algunos caminos que llevarán además la impronta de la adecuación a una situación peculiar propia de nuestra historia y del espacio en que vivimos.

HEBE CARMEN PELOSI

QUIÑONEZ, BLANCA, *Los ideales políticos de la tragedia griega*, Tucumán, ed. del autor, 1988, 96 págs.

El texto que nos ocupa no aporta datos sobre su autora, de quien se supone es o ha sido docente e investigadora de la Universidad de Tucumán. Blanca Quiñonez -tal su nombre- adopta una discutible denominación tomada de un antiguo trabajo del catedrático español Francisco Rodríguez Adrados (*Pericles y la democracia de su época*, 1962-3) (retomado en la nueva edición de su libro *La democracia ateniense*, 1983), referida a una "democracia religiosa".

La autora se identifica con este concepto sin precisar qué entiende por el mismo, ni tampoco -según nuestra opinión- demuestra que resulte válido para el análisis de los tres grandes trágicos del siglo V a.C. Similarmente, nos parece remanido reiterar "las bases de una tradición social de índole religiosa que estará presente en la tragedia" (pág. 8), aspecto que, por otra parte, no profundiza.

El libro -coherente y bien escrito, pero mal compaginado- se divide en una introducción, el análisis de los tres grandes trágicos del siglo V y las conclusiones, que abarcan solamente dos hojas (págs. 95-96).

La autora sugiere que la tragedia nace con Esquilo, de manera similar a la democracia; tesis que obviamente no admite defensa en ninguno de los dos casos, salvo que precisemos con mucho cuidado qué entendemos por tal concepto en dicha época. Coincidente con esta premisa democratista afirma -al analizar a los tres trágicos del siglo-, sin aportar mayores